

PRIMERA PARTE

PERSONALIDAD GEOGRÁFICA DE FRANCIA

EN QUÉ SENTIDO ES FRANCIA UN SER GEOGRÁFICO

Parece casi paradójico formular siquiera la siguiente pregunta: ¿es la Francia un ser geográfico? El nombre de Francia ha tomado á nuestros ojos una forma concreta; se encarna en una figura á la que de tal manera nos han acostumbrado los mapas, que habría de sernos muy difícil concebir las partes de la misma agrupadas según afinidades diferentes. De buena gana nos inclinamos á considerarla como una unidad de antemano hecha, y aun muchos dirían como un escenario facilitado á la historia por la naturaleza.

Y sin embargo, esta es la primera cuestión que importa aclarar si queremos comprender cuáles han sido en este país las relaciones entre la naturaleza y el hombre. La respuesta no es tan sencilla como desde luego parece: si Francia posee lo que podemos llamar una individualidad, no la tiene ciertamente desde el punto de vista geológico; cabe hablar de armonía entre sus diferentes partes, pero sería contrario á los resultados menos discutibles de la ciencia creer que un solo y mismo plan ha presidido en su estructura.

Lo que decimos de la geología podemos repetirlo respecto del clima, de la flora y de la fauna de este territorio que denominamos Francia. En la variedad de sus climas se distinguen muchos tipos marcados que no son particulares suyos; y lo propio sucede con sus especies de plantas y de animales y con sus poblaciones humanas, las cuales por sus afinidades corresponden unas á la cuenca mediterránea y otras á la Europa central: nada concuerda con la idea de un foco de repartición situado en el interior de Francia y desde el cual hubieran aquéllas irradiado, en común, al resto del territorio.

Esto no obstante, no vacilamos en repetir la frase de Michelet: «La Francia es una persona,» y consideramos como un testimonio significativo y verdadero las palabras, á menudo citadas, con que Estrabón caracterizaba en resumen, hace cerca de veinte siglos, el conjunto de este país (1). ¿De qué índole es, pues, esta personalidad y cómo hay que entenderla?

Una individualidad geográfica no resulta de simples consideraciones de geología y de clima; no es algo que de antemano da la naturaleza. Es menester partir de la idea de que un país es un receptáculo en donde duermen energías cuyo germen la naturaleza ha depositado, pero cuyo empleo depende del hombre: éste es quien, amoldándola á su uso, pone en descubierto su indivi-

(1) Estas palabras se citan y discuten más adelante, en la página 111.

dualidad; él quien establece una conexión entre caracteres diseminados, quien substituye los efectos incoherentes de circunstancias con un concurso sistemático de fuerzas; y entonces es cuando un país se concreta y diferencia, cuando se convierte, andando el tiempo, en una especie de medalla acuñada con la efigie de un pueblo.

Esta palabra personalidad pertenece al dominio y al vocabulario de la geografía humana y corresponde á un grado de desarrollo ya avanzado de relaciones generales.

Francia alcanzó muy pronto este grado; nuestra patria salió antes que otros países de ese estado vago y rudimentario en que las aptitudes y los recursos geográficos de una comarca permanecen en estado latente, en que todavía no surge nada de lo que revela una personalidad viviente. Es nuestro país uno de los que tomaron forma desde más antiguo; así, mientras en la parte continental de Europa las grandes regiones del porvenir, Escitia y Germania, apenas aparecen en una confusa penumbra, pueden ya discernirse los contornos de la que debía denominarse Francia.

Nos ha parecido digno de atención, antes de entrar en una descripción detallada, el examen de este hecho. ¿Cómo un fragmento de superficie terrestre que no es península ni isla y que la geografía física no podría considerar propiamente como un todo se ha elevado al estado de región política, ha llegado, en fin, á ser una patria? Tal es la cuestión que se plantea al comenzar el presente trabajo.

CAPÍTULO PRIMERO

FORMA Y ESTRUCTURA DE FRANCIA

I. Forma.—II. Caracteres generales de estructura

I.—La forma

La forma de Francia, encerrada en el continente y en la parte delgada de éste, tiene su razón de ser en hechos muy generales, que se salen considerablemente de los límites de la misma.

El dedo de un niño que siguiera en un mapa ó en un globo los contornos del viejo mundo, dirigiéndose insensiblemente hacia un punto en donde las líneas que limitan la más extensa masa continental se aproximan, convergen casi, dibujando una especie de puente entre el Mediterráneo y el Océano, para volver luego á separarse: en el punto más estrecho, entre Narbona y Bayona, el intervalo no excede de 400 kilómetros.

Y este no es un rasgo fortuito y local. Así como en el extremo oriental del viejo mundo el continente redondea sus flancos convexos hacia mares dispuestos á modo de orla, en el extremo occidental predomina un tipo terrestre completamente distinto: aquí, el continente se destaca osadamente y dos sistemas de mares lo cortan en sentido transversal, siendo esta configuración una herencia remota del pasado. Los mares que en la actualidad representan por un lado el Mediterráneo y por otro el Báltico y el mar del Norte han variado muchísimo, en el transcurso de los períodos anteriores, en su forma y en su extensión, pero no en su dirección general. Entre los dos sistemas marítimos del Norte y del Sur se marca con persistencia una distinción, atestigüada por la naturaleza de las faunas y de la que podemos darnos cuenta examinando los mapas en los cuales los geólogos reconstituyen, por lo que se refiere á las épocas anteriores, las divisiones generales de las tierras y de los mares. En estos mapas, los mares del Norte y del Sur de Europa están separados por una serie de cordilleras emergidas, por ellos sólo en parte y temporalmente invadidas en el curso de las edades, y por encima de las cuales las comunicaciones han sido siempre muy limitadas. El umbral del Poitou, en Francia, lo propio que las cimas intermediarias entre el Morván y los Vosgos, señalan el sitio que ocuparon algunos de estos estrechos, cerrados desde hace mucho tiempo. El dique entre los dos sistemas de mares subsiste, aunque mutilado; es el armazón del continente europeo.

Pero este armazón ha sufrido grandes brechas, sobre todo por el lado del Mediterráneo, el cual, á consecuencia de recientes avances, ha proyectado largos brazos hacia el Norte. De este modo, gradualmente, el continente europeo se adelgaza, quedando reducida á 1.200 kilómetros la distancia entre Odessa y el Báltico y á 900 hacia Trieste. Mas, para que la aproximación entre los dos sistemas de mares persista y adquiera el carácter de una relación de correspondencia constante, es menester llegar al intervalo comprendido entre el golfo de Lyon y la Mancha: á partir de Langres, ningún punto de nuestro territorio dista del mar más de 400 kilómetros.

En la filiación de Francia tenemos un rasgo esencial, á saber: que este país es el que está situado en la aproximación de los dos mares; y como inmediatamente después la península ibérica restituye á la Europa dimensiones casi continentales, de aquí que nuestro territorio sea igualmente el punto de enlace de dos masas terrestres.

Nuestra imperfecta terminología geográfica carece de nombre aplicable, como no sea por medio de una metáfora, á esos países que, sin tener la estrechez de un istmo, aparecen como un puente entre dos mares; y sin embargo, desde la antigüedad había llamado especialmente la atención de los geógrafos esta forma intermedia que se repite con variantes, pero con singular insistencia, en la parte del viejo mundo que ha sido objeto de sus observaciones. Los tales geógrafos habían notado esta estrechez, que no llega hasta la angostura, en los sitios en que el Asia Menor se separa del Asia, en que el Cáucaso se interpone entre el Caspio y el mar Negro, y el Irán entre el Caspio y el golfo Pérsico, y hasta la habían supuesto entre el Palus-Meótide y el Océano

Septentrional. Este rasgo, apenas fué señalado en la Galia, no podía dejar de ocupar un puesto entre las líneas fundamentales de su cartografía, y en efecto, en medio del laberinto de las formas, fué un hilo conductor y sin duda el primer indicio que había de llevarlos á la noción de una gran comarca individualizada.

Esta concepción es de origen evidentemente comercial; para que se abriera paso, era preciso que el comercio hubiese aprendido á conocer las relaciones de distancia existentes en esta parte de Europa situada entre dos mares, así es que en cuanto los comerciantes marseleses hubieron descubierto las facilidades que los territorios que se extendían á su espalda les ofrecían para comunicarse con los mares exteriores, no tardaron los geógrafos en deducir de este hecho una definición del país entero. Estrabón es el intérprete de observaciones inspiradas ya por muchos siglos de experiencia comercial cuando encomia «la correspondencia que en aquel territorio aparece bajo la relación de los ríos con el mar y del mar interior con el Océano (1).» Estos ríos son auxiliares que facilitan las relaciones entre los mares, y esa correspondencia tan rara, en efecto, alrededor del Mediterráneo, y que se encuentra aquí, le sugiere la idea de un organismo compuesto á la medida del deseo, «como en virtud de una previsión inteligente.» Esta frase se ha hecho célebre con justicia; hay una especie de solemnidad en este primer horóscopo formulado sobre nuestro país. En realidad, las primeras observaciones de la ciencia griega, inspiradas en un conocimiento muy somero de la región y muy imperfecto del resto de Europa, no podían ser otra cosa que un presentimiento; sin embargo, es un hecho significativo que se hayan pronunciado ya sobre nuestro país algunas de las frases más justas y más vigorosas.

II.—Caracteres generales de estructura

En el suelo francés se yuxtaponen dos zonas distintas por su evolución geológica y por su aspecto actual. Para explicar estas diferencias, es preciso recordar brevemente los resultados á que han llegado los geólogos en punto á la estructura de la Europa occidental. Esta región ha sido alterada en dos ocasiones á consecuencia de contracciones de la corteza terrestre. En primer lugar, á fines del período primario (2), surgió una grandiosa cordillera, cuya unidad ha podido ser reconocida

(1) Estrabón, IV, I, 14.

(2) Sabido es que los geólogos distinguen en la historia de la Tierra varios períodos, todos muy largos y caracterizados por terrenos de composición y de fauna especiales. Estos terrenos son los siguientes, que enunciamos por orden de antigüedad y con sus principales divisiones, cuyos nombres tal vez se repitan en el curso del presente estudio:

1.º *Terrenos primitivos* (gneis y micasquistos) y *terrenos primarios* (cambrio, silúrico, devónico, carbonífero y pérmico).—Los granitos y los pórfidos son rocas eruptivas que aparecieron durante la época primaria.

2.º *Terrenos secundarios* (trias, jurásico, cretáceo). El jurásico tiene como principales subdivisiones el lías y el oolito.

3.º *Terrenos terciarios* (eoceno, oligoceno, mioceno, plioceno).

4.º *Terrenos cuaternarios* (aluviones antiguos y modernos). Aparición del hombre sobre la tierra.

Las rocas eruptivas, tales como el basalto, el trácito y la fonolita, que se parecen á las actuales lavas volcánicas, salieron del suelo durante los períodos mioceno, plioceno y cuaternario.

concordando entre sí los pliegues de la Bohemia, del Harz, del Ardena, de los Vosgos, de la Cordillera central, de la Bretaña y del Sudoeste de Inglaterra. Después parece que durante largos períodos permanecieron en reposo las fuerzas internas, hasta que á mediados del período terciario se despertaron dando lugar á nuevas contracciones que produjeron los pliegues de los Pirineos, de los Alpes, de los Apeninos, etc. Estos últimos accidentados afectaron muy especialmente á la región cercana al Mediterráneo, pero de rechazo se dejaron sentir en la parte contigua de Europa que ya en otro tiempo habíase visto asaltada por fuerzas internas; pero como aquí el esfuerzo chocó contra masas desde hacía tiempo consolidadas y menos plásticas á consecuencia de un prolongado amontonamiento, se tradujo, no por nuevos pliegues, sino por dislocaciones y fracturas, y estas fracturas, acompañadas de presiones laterales, dieron por resultado elevar ciertas partes de la superficie en tanto que otras se hundían.

De manera que en nuestro territorio se distinguen dos tipos de estructura, uno de los cuales es la zona de antiguas cordilleras que se suceden desde la Bohemia hasta el país de Gales, sea por la Cordillera renana y el Ardena, sea por los Vosgos, la Cordillera central y la Armórica, fragmentos de la gran cordillera que surgió á fines de los tiempos primarios. Entre estos pilares que quedaron en pie, algunas grandes superficies cedieron á un movimiento prolongado de hundimiento, como si se encontraran privadas de apoyo, y en su consecuencia vemos extenderse entre los puntos salientes de las antiguas cordilleras, áreas hundidas, que unas veces son cuencas, como las de Suabia, París ó Londres, y otras un hoyo, como el valle del Rhin. El mar, que en otro tiempo ocupaba estas depresiones, no las ha evacuado por completo. La Mancha y el mar del Norte interrumpen por transgresión la continuidad de las antiguas cordilleras; pero la capa con que cubren el zócalo continental es delgada: son mares de fondos planos cuyas olas disimulan, bajo profundidades inferiores á 200 metros, una parte de la cuenca de París, de la de Londres, de la Cordillera armórica.

La otra zona es la que ocupan las cordilleras de plegamientos recientes que se extienden á lo largo del Mediterráneo, en parte á costa del lecho de mediterráneos anteriores. Las cordilleras elevadas, aéreas, se desarrollan en largas guirnaldas, y en tiempo favorable, desde Berna, Grenoble y Pau, se las ve alinearse ante los ojos del espectador, y la destrucción se consuma en ellas con una actividad apenas amortiguada (1). Las cordilleras corren, por regla general, paralelas á las ri-

(1) Toda región en relieve está expuesta á una destrucción rápida: las heladas disgregan las más resistentes rocas, los glaciares desgastan sus bordes y sus lechos, la fuerza de las aguas, excitada por la pendiente, abarranca las laderas de las montañas y arranca de ellas bloques que, reducidos por el roce al estado de guijarros y luego de arena y de lodo, son arrastrados lejos y forman llanuras de sedimento. Cuando este trabajo de destrucción se ha prolongado durante períodos geológicos, el desgaste es tal, que las antiguas masas montañosas presentan un aspecto embotado y su nivel se aproxima al de las llanuras. En nuestro país la Bretaña nos ofrece el mejor tipo de esta topografía. En cambio, en las cordilleras de origen relativamente reciente, como los Alpes, las formas son atrevidas, esbeltas, porque la destrucción no ha tenido tiempo para consumir su obra. En el primer caso, la lucha ha llegado casi á su término; en el segundo, hállase en plena energía.

beras, ó bien se ven bruscamente interrumpidas por éstas en plena altura, como sucede en los Pirineos orientales, y á sus pies abre el mar profundos fosos, como los abismos de más de 2.000 metros que se encuentran entre Niza y Tolón y en la costa meridional del golfo de Gascuña y que están situados muy cerca del litoral. En las partes que el mar ha dejado descubiertas desde los últimos tiempos geológicos, la naturaleza indica á menudo profundidades considerables; la fauna fósil difiere por completo de la de los antiguos mares que han invadido la cuenca parisiense, siendo, por ende, evidente que la naturaleza ha trabajado en estas dos regiones en un plano diferente. La actual diversidad de fisonomía es una señal de diversidades inveteradas y seculares.

Por ahora no extenderemos más estas comparaciones, de las cuales se desprende ya que la estructura de la Francia no tiene nada de la unidad homogénea que algunos han querido atribuirle. La Cordillera central, por ejemplo, no puede ser considerada como un núcleo á cuyo alrededor se formara el resto de Francia; así como ésta confina con dos sistemas de mares, así también participa de dos zonas diferentes por su evolución geológica: su estructura lleva impreso en el Oeste un sello de arcaísmo, al paso que ostenta todos los signos de juventud en el Sur y en el Este; sus destinos geológicos han estado unidos por una parte á la Europa central y por otra á la Europa mediterránea.

Pero la individualidad geográfica no requiere que una región esté construída sobre un mismo plano, pues á falta de unidad de estructura puede haber armonía viviente, una armonía en la que se atenden los contrastes reales y profundos que entran en la fisonomía de Francia.

Y esta armonía se ha realizado, en efecto, estribando sobre todo en la distribución según la cual se coordinan en Francia las masas minerales (2). Las cordilleras antiguas, con sus tierras silíceas y frías, las zonas calizas de suelo caliente y seco, las cuencas terciarias con la variedad de su composición, se suceden en combinación afortunada. Las cordilleras no están concentradas

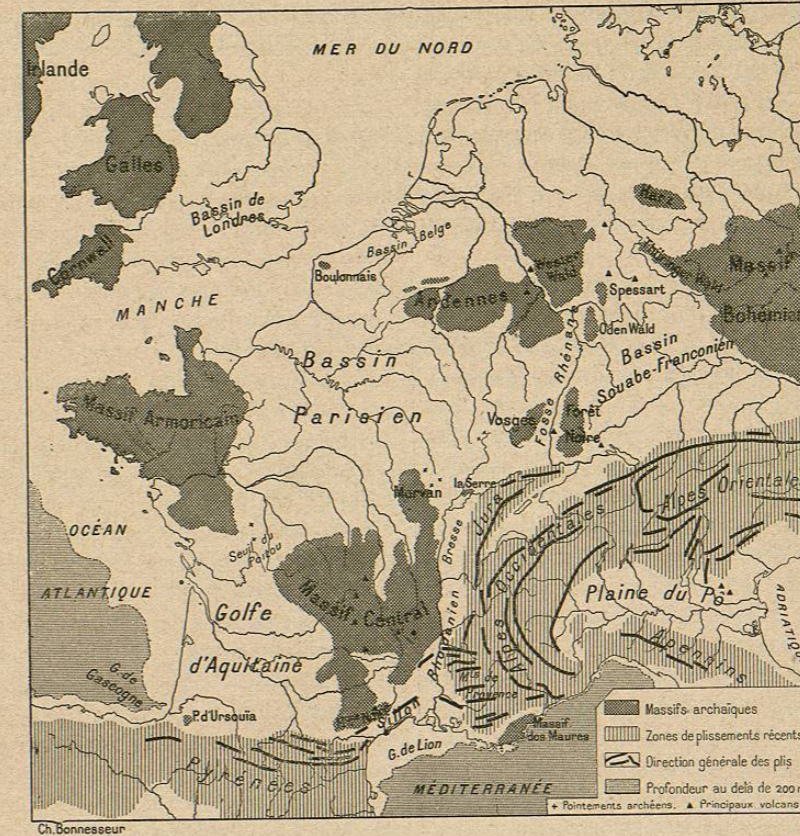
(2) La calidad de los terrenos depende de su composición mineralógica. Las rocas primitivas y primarias (granitos y esquistos) engendran por su descomposición terrenos pobres en calces y en ácido fosfórico, más favorables, mientras no se les mejora, á los bosques y á las landas que á los cultivos.—Los terrenos de la época secundaria, entre los cuales dominan los calizos, son á menudo demasiado secos (*Causse*, *Champagnes*), pero generalmente bastante ricos: entre ellos el *calizo conchífero* (Lorena) y el *lías* son considerados por los agrónomos como los que dan tierras naturalmente completas.—Los terrenos terciarios se distinguen por una gran variedad que es ventajosa ora para la formación de los manantiales y la variedad de los cultivos, ora para la abundancia de los materiales (*arcilla plástica*, *caliza* y *yeso* de los alrededores de París). Cierta que algunos terrenos son muy pobres (*arenas de Fontainebleau*, *arcilla de sílice*), pero otros, en cambio, son muy fértiles, como las *molinas de Aquitania*, ó privilegiados por los múltiples recursos que ofrecen al hombre, como el *caldeiro grosero parisiense*.—Los aluviones fluviales ó marinos deben frecuentemente una gran fertilidad á la mezcla de elementos de que se componen (*Valle de Loira*, *Cinturón dorado* en Bretaña).—En el curso del presente trabajo habremos de mencionar repetidas veces estos y otros terrenos, cuyos caracteres procuraremos siempre explicar; pero para los detalles, que en esta obra resultarían inoportunos, el lector podrá consultar la *Geologie agricole* de E. Risler (París, Berger-Levrault, 1884-1897, cuatro volúmenes), sobre todo el capítulo XIX del tomo cuarto (*Tierras completas y tierras incompletas*).

en bloque, como acontece en el Noroeste de la península ibérica, sino que el Ardena, la Armórica, la Cordillera central y los Vosgos alternan con la cuenca parisiense, con la de Aquitania y con la del Saona; y en virtud de esta disposición equilibrada ninguna de estas porciones se encuentra en situación de permanecer confinada aparte en un solo modo de existencia.

En la periferia de los diferentes grupos, entre montaña y llanura, tierras frías y tierras calientes, arboledas y

generaciones por los campesinos, geólogos á su modo: el *Morvan*, el *Auxois*, la *Puisaye*, la *Brie*, la *Beauce* y otros muchos corresponden á estas diferencias de suelo.

Estos países están situados, unos respecto de otros, de manera que puedan recurrir á los oficios de una vecindad mutua. El *país bueno* dista á lo sumo algunas jornadas del país más desheredado cuyos habitantes necesitan un suplemento de adquisiciones y de subsistencias; y estos últimos pueden encontrar á su alcance los



FORMAS ESTRUCTURALES DE LA FRANCIA

Este mapa pone de manifiesto el contraste de los dos tipos generales de estructura que se encuentran en Francia. La antigua continuidad de las cordilleras arcaicas, entre las cuales se extienden cuencas hundidas, se manifiesta por la aparición de puntos eminentes aislados en la superficie del suelo. La continuidad de la zona de plegamientos recientes se indica por algunas líneas diseminadas en el intervalo entre los Alpes y los Pirineos.

campos, terrenos buenos y malos, aparecen por doquiera contrastes de que se ha apoderado y que expresa con seguridad el vocabulario popular. Pues bien: si los hombres han apreciado estas diferencias, es señal de que las tocaban de cerca, de que se traducían en realidades prácticas, realidades que eran para ellos la manera de alimentarse, de alojarse, de ganarse la vida. El humano esfuerzo debe seguir uno ú otro rumbo según que el suelo sea calizo ó arcilloso, pobre ó rico en substancias fertilizantes, según que el agua se recoja en fuentes ó corra dividida en millares de hilos por la superficie: en unos sitios se dedicará al cultivo de cereales; en otros combinará con una agricultura más reducida un poco de ganadería ó algo de industria; y en otros sabrá practicar el arte de dirigir y de recoger esas aguas difusas que parecían querer escapar á su acción. Y todo esto se expresará para él en un nombre, el de un «país» que en muchos casos, aun sin ser consagrado por una acepción oficial, subsistirá y será transmitido al través de las ge-

recursos que en otras regiones sería preciso ir á buscar muy lejos, con menos seguridad y mayores peligros. Francia es una tierra que parece hecha para absorber en gran parte su propia emigración, y una multitud de impulsos locales, nacidos de diferencias de suelo yuxtapuestas, han obrado en ella de modo que los hombres se hallen en condiciones de comunicarse y conocerse, dentro de un horizonte restringido.

Cuanto más se analiza el suelo, tanto más se siente lo que ha podido ser en Francia la vida local. Así se han formado espontáneamente, á favor de la variedad de los terrenos, corrientes locales, hoy fácilmente reconocibles todavía; sus objetivos raras veces son lejanos: mercados, ferias ó fiestas en la vecindad, excursiones periódicas en las épocas de invierno, alistamientos en tiempo de las recolecciones; pero estas fechas esperadas ocupan un puesto entre las preocupaciones de la vida. Las diferencias que por estos medios se ponen en relación no son de las que abren anchos horizontes; son contrastes

sencillos y familiares que se expresan por refranes, proverbios ó dichos. Mas, á pesar de ello, de esta comunicación resulta una ventilación saludable; las gentes son menos extrañas unas á otras, y se forma un conjunto de costumbres del que se ha impregnado visiblemente la psicología del labriego de Francia.

Al través de la multitud de corrientes locales se han abierto paso algunas corrientes generales, porque también la vida general ha encontrado facilidades en la estructura del territorio y se ha labrado caminos á favor de los umbrales que separan las cordilleras y de las depresiones que se extienden á lo largo de las zonas de plegamiento. El valle del Ródano, al borde exterior de los Alpes, y el paso del alto Langüedoc en la cara septentrional de los Pirineos corresponden á esta segunda categoría; á la primera pertenecen los umbrales que entre los Vosgos y el Morvan (Borgoña) y entre el Limousin y la Armórica (Poitou) separan las antiguas cordilleras.

Estos umbrales, por muy notables que sean en la economía general del territorio, no son en realidad sino las partes rebajadas de pliegues subterráneos que aquí enlazan los granitos de los Vosgos con los del Morvan y allí los de la Cordillera central con los de la Gatine vandeana. Los depósitos sedimentarios que los cubren disimulan esta conexión, que sólo denuncian algunas apariciones aisladas en la superficie del fondo de los valles; de modo que habría bastado que la erosión, que en tantos otros sitios ha desembarazado los terrenos primitivos de su capa sedimentaria, avanzara un poco más en su obra para que el enlace granítico que existe subterráneamente se prosiguiera á cielo abierto. ¿Qué habría resultado de ello para las comunicaciones, privadas entonces de la facilidad que dan á la circulación los depósitos calizos? Indudablemente las relaciones entre los hombres habrían sido menos cómodas y tal vez las vías del comercio habrían tomado otras direcciones y con seguridad habrían acentuado más las separaciones entre el Norte y el Sur. Pero no fué así, y véase cómo una circunstancia que puede calificarse de secundaria desde el punto de vista de la evolución geológica, llegó á ser capital bajo el concepto de la geografía humana.

Una consideración nos veda avanzar por este terreno: las relaciones de que hemos hablado suponen un cierto grado de vida general en una región, y aún no hemos examinado cómo una vida general nace y se despierta. Esta es la cuestión de que ahora habremos de tratar.

CAPÍTULO II

LAS INFLUENCIAS EXTERIORES

El Mediterráneo

No hay, en punto á geografía política, cuestión más importante que la de investigar cómo, cuándo y por qué caminos una vida general consigue introducirse á través de la diversidad de los países locales. Ninguna etapa es más decisiva ni establece más diferencias entre los territorios: de éstos, algunos no logran salvarla y permanecen fraccionados en el estado de pequeños grupos unidos por un lazo muy flojo y á veces hasta casi aislados. Tucídides hacía observar que en su tiempo la

mitad de Grecia, en las montañas y en el Oeste, no había salido de este estado social rudimentario, y no nos costaría gran trabajo citar aun en nuestros días ejemplos análogos en los mismos bordes del Mediterráneo: la Albania y el Rif marroquí nos ofrecen sendos tipos, poco menos que intactos, de sociedades primitivas. La tribu, el clan, la comarca, la aldea son, según los lugares, los escenarios de esa vida. ¿Acaso el África central no nos ha revelado recientemente, en extensiones enormes, un estado de dispersión política al través del cual y sólo en nuestros días vemos filtrarse con el europeo ó con el árabe los primeros hilos de relaciones generales?

Tal es, en efecto, la marcha natural. El choque viene de fuera; ningún país civilizado es el artesano exclusivo de su propia civilización, ó por lo menos únicamente puede engendrar una civilización limitada, como un reloj que después de algún tiempo de andar se para; y si ha de elevarse á un grado superior de desarrollo, es preciso que su vida esté en comunicación con la de un territorio más vasto que la enriquezca con su substancia y deposite en ella nuevos fermentos.

Estas fuentes de vida no han faltado á la Francia, la cual las ha recibido de distintos lados. Probemos de ver cuáles han sido sus relaciones con el Mediterráneo primero, después con la península ibérica y finalmente con la Europa central.

Por el Mediterráneo está Francia en relación con la porción de la tierra en donde se constituyeron las primeras grandes sociedades, á saber: las llanuras aluviales de la Mesopotamia y del Nilo, las regiones descubiertas, enriquecidas con restos volcánicos que se extienden al pie del Tauro de Armenia ó del Asia Menor, y en general, por último, con el Asia occidental. La geografía botánica, que estudia el origen de las plantas cultivadas y las sigue en sus emigraciones, ha logrado, merced á sus investigaciones, arrojar alguna luz sobre la antigua historia humana, comprobando que en ninguna parte, exceptuando tal vez la China, ha encontrado el hombre medios de subsistencia más variados que en los países que acabamos de mencionar. De aquella parte del continente proceden más de la mitad de los cereales y granos alimenticios conocidos; allí aparece constituido, desde una antigüedad difícil de calcular porque es anterior á los grandes imperios que la historia nos da á conocer, un sistema de agricultura fundado en el arado, en el cual tiene el buey su empleo como animal de tiro.

Entre los cereales venidos de Asia, unos, como el centeno y la avena, fueron durante mucho tiempo extraños en las comarcas del Mediterráneo, adonde, al parecer, no llegaron sino después de haber pasado por la Europa central, al paso que otros aparecen desde muy pronto en ellas.

La cebada primero y el trigo después constituyeron la base fundamental de la alimentación de los pueblos ribereños de aquel mar, y entre las plantas textiles figura en primer término el lino con el cual tejen las telas. A este sistema de vida se agregaron, según las localidades, otras variedades de explotación del suelo, inspiradas por las condiciones del relieve y del clima: la ganadería con trashumancia periódica, en las regiones montañosas que se levantan á lo largo del Mediterráneo; los cultivos de árboles y de arbustos en los bancales abundantes en

fuentes y en las llanuras en donde sólo las plantas de largas y profundas raíces pueden llegar hasta el agua que en aquéllas se filtra. Toda una legión de árboles frutales, traídos por emigraciones humanas, vino á guarnecer con la viña los bordes del Mediterráneo y á proporcionar al país de Canaán, á la Apulia y á Sicilia esa fama legendaria de la que todavía no se hallan libres nuestros espíritus. Este arte de las plantaciones, que los griegos distinguían con el nombre de *pothebay*, es, como indica muy acertadamente Tucídides, un arte delicado que ha nacido ulteriormente, que ha progresado como un lujo de civilización avanzada y que acaba de caracterizar, con el uso del aceite y del vino, combinado con el del trigo y del pan, un sistema de vida que se ha formado y propagado en la zona que comprende el Asia occidental y las riberas orientales del Mediterráneo. A pesar de todas las adquisiciones con que se ha enriquecido el patrimonio del mundo mediterráneo merced á empréstitos hechos á la India, al Sudán y á América, la existencia humana, en su carácter de modo de cultivo y de alimentación, permanece en él constituida sobre las mismas bases, fija y en lo sucesivo casi invariable, como todas las cosas que se remontan muy alto en el pasado.

Compréndese fácilmente la influencia que á su alrededor ha ejercido este tipo de civilización material, enriquecido poco á poco con los prestigios de la industria y del arte y ayudado por corredores como los fenicios y los griegos. El Mediterráneo fué uno de los lazos de unión, el principal ciertamente, que á él nos aproximó.

Parecerá tal vez que no debe considerarse como muy importante el papel en nuestros destinos representado por el Mediterráneo, puesto que Francia no es una península ni una isla y tiene sobre este mar menos fachada que España, 600 kilómetros de litoral á lo sumo, y aun su costa, entre el Ródano y los Pirineos, está mal abrigada y expuesta á los embates del mistral.

Pero ese litoral tiene una importancia única, gracias á su posición entre los Pirineos y los Alpes: aquéllos van descendiendo á medida que á él se aproximan y abren en la garganta del Pertus y en la costa tales salidas, que para encontrar otras semejantes sería preciso ir al otro extremo de la cordillera; por ellas han avanzado libremente las plantas, contándose más de cincuenta especies vegetales de origen ibérico que las han franqueado y que no desaparecen hasta cerca de Montpellier. También fueron aquellas salidas un paso para los hombres: la circulación, lanzada hacia la costa, continúa estrechándola porque en ella encuentra la comunicación más directa con Italia, y desde Cataluña al Piamonte existe un lazo de unión que ha dejado sentir su influencia sobre la civilización provenzal y sin el cual lo que ha recibido esta denominación resultaría ininteligible.

Los Alpes, á su vez, completan en ese litoral el gran semicírculo cóncavo que oponen al Mediterráneo. Este mar tiene pocas aberturas hacia el interior, pues casi por todas partes hállase bloqueado por montañas; pero hay en los dos extremos de la cordillera de los Alpes dos lagunas importantes de la barrera que cierra la Europa central, siendo posible dar la vuelta á esta cordillera desde el Adriático hasta el Danubio, como desde el golfo de Lyon al Rin. En estas direcciones avanzaron vías comerciales antiquísimas, de las cuales tiene noti-

cia Herodoto (1) y que, á pesar de los mitos en que aparecen envueltas, dejan penetrar alguna claridad en las tinieblas de la Europa primitiva.

Finalmente el Ródano, continuado por el Saona, abre en línea recta una vía fluvial de más de 700 kilómetros que se dirige al Norte y aunque el valle del Ródano se compone en realidad de una serie de cuencas, es sensible la atenuación que aquí experimenta el obstáculo que se alza delante del Mediterráneo. Por este boquete de Sur á Norte ofrécese á los cambios de la naturaleza y de los hombres un camino más libre; esta avenida conduce á otras: el Loira, en Roanne, sólo dista del Ródano 70 kilómetros; por las rampas calizas de Borgoña se llega cómodamente al Sena, y por el valle del Doubs se va á una de las encrucijadas de Europa. De esta manera, varias vías naturales que arrancan del litoral mediterráneo atraviesan la Galia en dirección á España, á las Islas Británicas y á la Europa central.

Pero era menester que un interés considerable y permanente llamara al comercio hacia estos caminos que se abrían; sólo el aliciente de uno de esos minerales cuyo uso es indispensable para una sociedad civilizada podía atraer á nuestro país á los mercaderes y á los viajeros del Mediterráneo oriental y establecer entre regiones tan apartadas como los dos extremos de la Galia relaciones continuadas con regularidad bastante para ejercer una acción geográfica fecunda sobre este territorio.

El comercio del estaño desempeñó este papel. Este metal, por razones bien conocidas, era de los más solicitados por el comercio antiguo, pero también uno de los más raros (2); y entre las comarcas privilegiadas en donde se le encuentra figuran las masas de rocas arqueanas que en Galicia, en nuestra Bretaña y en la Cornuailles inglesa se proyectan formando eminencia sobre el Océano. Las minas de estaño de la Cornuailles inglesa (antiguas Cassitérides) conservaban todavía hace muy poco tiempo el primer puesto en la producción del globo; las de Galicia (antiguo país de los artabros), aunque menos ricas, continuaban en explotación, y nuestra Bretaña ya no produce estaño, pero es indudable que contribuyó á proveer de este metal al viejo mundo.

La cuenca del Vilaine es una región eminentemente estañífera, en la que el mineral asoma cerca del promontorio de Piriac, entre la desembocadura del Loira y la del Vilaine. Sábese actualmente que la explotación no se limitó á los aluviones y al mineral de la costa, puesto que muy al interior, cerca de Ploermel y en las inmediaciones de Nozay, se han encontrado importantes huellas de trabajo que no dejan ninguna duda respecto de la extensión de esta antigua metalurgia del estaño. La existencia de un pueblo de antigua fama, los vénetos, en las inmediaciones de estos yacimientos no se debe probablemente á una coincidencia fortuita: nada más natural que la formación de una potencia marítima y comercial cerca de los yacimientos de un mineral precioso y en una costa recortada, orlada de islas y propicia á los comienzos de la navegación, como la que se extiende entre Quiberón y Le Croisic. El nombre del pueblo véneto no esperó para ser conocido

(1) Herodoto, III, 115.

(2) Véase libro I, capítulo I, *Los orígenes, la Galia independiente y la Galia romana*, por M. G. Bloch, pág. 6 del presente tomo.